



Solidez. Irene Villa, nacida el 21 de noviembre de 1978, junto a una gran encina en su barrio de Villaviciosa de Odón (Madrid). Sufrió el atentado el 17 de octubre de 1991, cuando tenía 12 años.

"Van a por mí, pero no pienso tirar la toalla"

ETA la dejó sin piernas, hace 15 años, en el mismo atentado en el que su madre perdió una pierna y el brazo derecho. Ha sido la cara amable de las víctimas del terrorismo. Ahora, media España la considera una apestada política. Tras una nueva operación en Suecia, tendrá que aprender a andar por tercera vez. Se considera una mujer libre que aún cree en el amor.

Por Fernando Múgica. Fotografía de Chema Conesa

Leo, uno de sus seis perros, no para de ladrar. Un gata vieja, acurrucada en una silla, mira indiferente al periodista. Está acostumbrada a las visitas constantes de personas que se acercan para hurgar en las heridas de su ama. A Irene Villa la abrieron en canal cuando tenía 12 años (hace ya 15) y todavía la sociedad necesita mirar dentro para intentar descubrir por qué este ser humano no se ha rendido. No le asustan las preguntas atroces. Se empeña en demostrarnos con sus respuestas que la vida merece la pena a pesar de que va a tener que aprender a andar por tercera vez y de que ahora han comenzado a increparla por la calle.

Dos horas de conversación son suficientes para saber que no es la Virgen María ni desea serlo. Tampoco es esa niñata inválida con la que pretenden jugar al ping pong la izquierda y la derecha. Es sólo una joven libre de 27 años con tres carreras universitarias, experta en deportes de riesgo, que adora viajar y que todavía sueña con un "príncipe azul". Un ser humano capaz de reflexionar sin prejuicios sobre la extraña sociedad, repleta de rencores, en la que le ha tocado vivir. Claro está que también es una mujer a la que le faltan las dos piernas y tres dedos de la mano izquierda. Pero les puedo asegurar, con toda honradez, que eso, a estas alturas del partido, le importa ya un verdadero bledo.

P. ¿No le da vértigo pensar en que le han encasillado como la heroína de la derecha dura?

R. Yo nunca daría el paso a la política. Soy demasiado independiente. Me considero una idealista, así que dentro de la política sufriría muchísimo. No creo en ningún partido político porque todos van a lo suyo. Soy totalmente consciente de que los políticos siempre me han utilizado, ya sabes, para dar pena, como víctima. En realidad, lo he permitido porque me di cuenta desde el principio de lo importante que era para el colectivo. He aprovechado toda esa fuerza para servir de altavoz de la gente que sufre, para meterme en mil asociaciones a las que presto mi imagen, mi voz. No soy de ningún partido político. Nadie tiene derecho a saber a quién voto. No perdería por nada la libertad que tengo de decir lo que me da la gana. Por eso renuncié a un puesto de responsabilidad en la Asociación de Víctimas. Yo les apoyo y acudo a las manifestaciones y a lo que quieran, pero no me caso con nadie, y eso debe quedar bien claro.

P. ¿Es consciente de que hay mucha gente que no tiene esa opinión de usted?

R. Es algo que no puedo evitar. Ahora han empezado a acosarme y a insultarme por la calle. También tengo que ir a una emisora en que la presentadora se lanza a por mí desde el primer momento y sin misericordia. Es triste, pero estamos en la sociedad que estamos. Hemos caído en la trampa de los terroristas. Nos hablan de proceso de pacificación los mismos que aplauden la violencia como método para conseguir sus objetivos políticos. Nos hemos vuelto locos. Ahora resulta que soy yo la que no quiere la paz. Y tengo que aguantarlo por la calle de gente que me mira y me increpa como si fuera la representación del fanatismo y un obstáculo para el fin de la violencia. A mí me enerva que a estas alturas de la vida todavía haya gente que hable de derechas o de izquierdas. Se han empeñado en resucitar el odio y las peores pasiones que los españoles ya habíamos superado.

P. ¿Lo dice por lo del abuelo de Zapatero?

R. Es alucinante. A lo mejor Zapatero no sabe que al padre de mi padre, a mi abuelo, lo encarcelaron, lo machacaron durante años por ser rojo. Mi padre suele decir aquello del poeta. Le han helado el corazón las dos Españas. Primero la derecha con su padre y luego la izquierda con su hija. Yo no creo en derechas e izquierdas. Alguien tendrá que decirle a este Gobierno que es

una definición artificial que los españoles ya habíamos superado. Todos tenemos abuelos que estuvieron en uno u otro bando en la Guerra. Pero aquello es la Historia, el pasado. Ahora hay que construir el futuro. Estamos en otra época, en una nueva etapa, precisamente para que ya nadie vuelva a matar nunca a ningún otro abuelo. El único partido político en el que creeré es en aquél que defienda las libertades, la paz, los derechos humanos, el progreso del país. Eso no tiene nada que ver con la derecha ni con la izquierda.

P. ¿Cree entonces que no estamos en el buen camino?

R. Lo que yo pienso es que no merece la pena un país al que le gobierne una persona resentida. Se está transmitiendo el odio, la intransigencia, y eso tiene mal arreglo. Es como en el tema de ETA. Estamos en el mundo al revés. Ahora los que exigen son los que matan. Eso sí que es la dictadura del terror. Han vencido las minorías radicales frente al sentido común. Pienso que hay mucha gente que está ciega. Yo no creo en la religión tal como muchos la conciben. Me refiero al demonio, el infierno y todo eso. Pero de lo que sí estoy convencida es de que existen el bien y el mal. En realidad, todo se reduce al amor y al desamor. El amor lo irradian los que son felices y quieren que los demás lo sean. Hay otras personas que viven en el odio y el resentimiento y de ahí no puede salir nada bueno. Nuestros padres tuvieron que hacer una labor fantástica de reconciliación. Es absurdo que volvamos a las andadas. Las heridas estaban cicatrizadas y alguien se ha empeñado en abrirlas y lo más brutal es que encima nos culpan a las víctimas. Yo no lucho por mí. A mí ya me ha sucedido y es muy difícil que vuelva a pasarme. Lo que quiero evitar es que les pase a los demás. Hay que acabar con ETA precisamente para que no vuelva a pasarle a nadie. Por mucha tregua que anuncien, ellos siempre conservarán el as de la muerte en la manga. Es como una secta poderosa a la que no hay que conceder el menor aliento.

P. ¿Ha imaginado cómo hubiera sido su vida si no hubiera sufrido el atentado?

R. Es algo que no me planteo. Mira, de aquella mañana sólo recuerdo que mi hermana [tres años mayor] quería acompañarnos en el coche al colegio. Mi madre no lo consintió y eso probablemente le salvó la vida. Yo era una niña vitalista, de 1,70 de estatura. Me encantaba jugar al baloncesto con mi equipo, Las Vikingas. Todavía hoy nos reunimos de vez en cuando. Había hecho esa semana un examen de matemáticas. Siempre fui muy estudiosa. Me había salido muy bien. Adoraba a las monjas. El verano anterior al atentado había sido muy especial para mí. Fue la primera vez que conseguí hacer excursiones sola, con mis amigas. Tenía 12 años y había descubierto mi primer amor. Bueno, ya sabes, sólo un beso pero para mí era importante. Se llamaba Carlos. Recuerdo la emoción que sentí cuando me llevó una flor al hospital tras el atentado. De la mañana fatídica recuerdo muy poco. Íbamos en el coche y de pronto amanecí en la cama de un hospital rodeada de tubos.

P. ¿Cuándo fue consciente de lo que de verdad le había pasado?

R. Al principio me dolían mucho las piernas. Luego, un día, al tocarme, noté el hueco. Estaba conmigo una vecina muy amiga de mi madre. Lo pregunté y me lo dijeron. Lloramos todos desconsoladamente. Otro día, al salir de la ducha, me enfrenté con el espejo desnuda. Fue cuando descubrí la verdad de lo que me esperaba en el futuro. Mi madre me salvó. Son pocas las personas que al verla en televisión y haciendo una vida aparentemente normal se acuerdan de que a ella la dejaron peor que a mí. Le falta una pierna y el brazo derecho. Pero siempre fue una persona vital, positiva. Por eso me dijo a bocajarro que tenía dos posturas. Lamentarme eternamente y ser una mujer amargada para el resto de mi vida, o considerar que había nacido así, sin piernas. El pasado no existía. Yo era así y tenía que conseguir ser feliz con mi nuevo cuerpo. Por eso nunca me he planteado qué hubiera sido de mí sin el atentado. Yo soy así y he conseguido que toda la gente que me rodea lo acepte con naturalidad.

P. Pero tuvo que aprender a andar.

R. Fue doloroso y complicado. Primero las heridas de los muñones. Luego, las prótesis y los primeros pasos con muletas. Es un camino difícil. Por eso, ahora voy a ver a todo el que me entero que le han amputado una pierna [recientemente, a Miriam Alonso, la chica que arrojaron a la vía del metro en Madrid]. Le ayudo a superarlo. Lo curioso es que voy a tener que volver a aprender a andar por tercera vez. Me voy a someter a una intervención en Suecia para una oseointegración. Se trata de un implante de titanio en el fémur. Con ese sistema me van a incorporar una nueva pierna artificial que estará injertada en mi propio hueso. De alguna forma voy a tener una pierna mía. Ya me han insertado un tornillo. El 30 de mayo vuelvo a Suecia para el resto de la operación. Luego tendré que estar en cama un mes y varios meses más con la herida abierta, y pasará mucho tiempo más hasta que aprenda a andar de nuevo. Y será doloroso y me costará un enorme esfuerzo. Pero estoy ilusionada porque supondrá una nueva etapa. Tengo miles de planes para seguir con mis guiones cinematográficos, con más libros. Tal vez me planteo hacer una novela. Y viajar, ver otras culturas. A veces tengo la tentación de perderme por el mundo. Luego veo todo lo que queda por hacer, que van a por mí, pero me niego a tirar la toalla.

P. ¿No le importa que allí ya no sea Irene Villa?

R. Al contrario. Allí es cuando soy Irene Villa de verdad. He estado en Londres, donde nadie me conocía, donde no me asignaban a ningún bando y me he sentido feliz. Tengo planes de ir a Argentina. Me han dicho que hay un ambiente bohemio muy creativo, muy libre.

P. Tengo la sensación de que es mucho menos mojigata de lo que la gente cree.

R. Siempre me he sentido muy cómoda en la libertad. Con mi madre, por ejemplo. Vivimos juntas pero ella hace su vida y yo la mía. Nos respetamos terriblemente.

P. ¿Superó bien la separación de sus padres?

R. Yo era muy pequeña, tendría 5 años. Creo que es mucho más terrible para los niños que una pareja viva junta en medio de fuertes discusiones y de desamor. De cualquier manera, yo tengo un recuerdo muy bueno de mi infancia. Disfrutaba mucho cuando íbamos de camping por toda España. Me entusiasmaba la naturaleza y ver cosas distintas. Era una niña muy deportista. Pasaba horas patinando. Tampoco me dio tiempo de tener muchos traumas de adolescencia.

P. Me ha dicho que un día se encaró con el espejo desnuda, después del atentado. ¿Cómo se encara la relación con un chico en sus circunstancias?

R. Creo que hasta en eso he tenido suerte. Tuve una relación formal muy joven, desde los 16 años hasta los 24. Eso me ayudó a que todo sucediera de una forma progresiva, sencilla, muy natural. Sé que lo que quieres preguntarme es por la primera vez que estuvimos juntos. Sólo puedo decirte que lo afrontamos con una enorme naturalidad. Cuando tú no te ves con discapacidad nadie te la ve. Recuerdo que el día en que lo conocí estaba en una discoteca. Él creyó reconocerme por haberme visto alguna vez en televisión, pero creyó que era una modelo o algo así. Le costó un par de citas enterarse de quién era yo realmente. Esa relación me aportó muchas cosas y yo sé que a él también le aporté bastante. Al cabo de seis años, el amor había languidecido y era absurdo estropear una historia tan bonita. El amor dura lo que dura. Yo fui quien tomó la decisión de romper. Creo que lo hice en el momento justo, antes de que comenzaran los malos rollos y de que pudiéramos hacernos daño. He tenido otras parejas pero sé que lo de ahora es algo esporádico. No renuncio a que llegue el gran amor de mi vida, pero de momento estoy bien como estoy. No concibo que se pueda llegar a llorar por un hombre. Tengo amigas que lo hacen y me parece la cosa más absurda del mundo. Si se termina el amor, pues se acabó. Hay mucha más gente por el mundo.

P. ¿Y la maternidad?

R. Te contaré algo. Hace dos o tres años me planteé tener un hijo cuando ya no tenía pareja estable. Lo necesitaba y pensé seriamente en la inseminación artificial.

P. ¿Me está hablando en serio?

R. Totalmente en serio. Lo tenía decidido y creo que hubiera sido una buena madre. Sentía la necesidad de tener un hijo mío, pero no iba parejo a la idea de familia tradicional. Las lesbianas lo hacen. No necesitan un padre para ser madres. ya sé que es un caso muy distinto, pero si lo comprendo para ellas lo puedo entender para mí.

P. ¿Por qué renunció a ello?

R. Bueno. Me enfrié un poco. Creo que el libro que me encargaron me llenó mucho tiempo y de alguna forma diluyó poco a poco mi urgencia maternal. Cuidado, lo que te he contado no quiere decir que descarte a un padre. Si alguna vez encuentro el gran amor, alguien que sea súper especial, estoy segura de que querré tener hijos con esa persona y por supuesto que formaremos una familia estupenda.

P. ¿La vida merece la pena?

R. ¡Por supuesto! Hay mucha más gente buena que mala. Claro que hay que arreglar muchas cosas. Me asusta ver cómo viven muchos jóvenes a mi alrededor. Sólo piensan en cosas materiales como el dinero o el trabajo para conseguirlo. Sólo viven para pagar la hipoteca. No tienen tiempo de disfrutar de verdad. Yo vivo con mi madre porque formamos un tándem maravilloso, pero también porque así puedo gastar el dinero de la hipoteca, que no pienso tener, en otras cosas como viajar. No me importa no tener nada mío. No estoy dispuesta a desperdiciar ni un minuto de mi tiempo. La vida está ahí fuera esperándonos. Deberíamos compadecernos menos y disfrutar mucho más de lo que tenemos.

P. ¿Qué supuso para usted el 11-M?

R. Fue el golpe más duro de mi vida. Volví de esquiar en Navacerrada. Me encontraba en un momento de gran paz. Las cosas me iban bien a nivel personal. En el plano político, ETA estaba casi desaparecida y todas las piezas empezaban a encajar. Y, de pronto ¡el fin del mundo! Yo ya era psicóloga y me enviaron a hacer prácticas para atender a los familiares de las víctimas. El primer día no pude ir. El segundo ya me sumergí de lleno en todo aquel dolor tan absurdo. Después del 11-M he tenido que volver a rescatar, muy poco a poco, mi fe en el ser humano. Mientras que haya gente dispuesta a amar no se puede perder la esperanza.